

LAS TRADE UNIONS cumplen un siglo

Entre Disraeli y Wilson, cien años de frustración

EN 1868, en un acto cuyo centenario se conmemora ahora en condiciones bastante extrañas, aparecía una tercera fuerza, que representaba un episodio importante, un compromiso importante entre la fuerza del capital sostenido por Disraeli y la «lucha de clases» preconizada por Marx. En 1868 se reunía en Manchester el «Trade Union Congress», reunión de pequeños sindicatos, de organizaciones gremiales y artesanas que malvivían, perseguidas y limitadas, tratando de defender los derechos profesionales de las clases dirigidas. Los sindicatos británicos estaban tan lejos de las pretensiones patronales de contratar y pagar el trabajo libremente, con arreglo a la oferta y la demanda, como de las teorías de Marx de la lucha de clases. Pretendían insertarse en el sistema y ejercer una acción legal. En el siglo XVIII habían sido prohibidas y declaradas fuera de la ley todas las asociaciones obreras. El siglo XIX debía legalizarlas. Donde Marx preconizaba una lucha internacional proletaria para la conquista del poder, los sindicatos británicos pretendían una defensa local de sus intereses propios. Es posible pensar que este acontecimiento del mes de junio de 1868 desvió la revolución marxista de Inglaterra, de donde se hubiese extendido a Europa casi inevitablemente. Hay que considerarlo también como la primera participación importante de las masas en la vida económica

—y, por lo tanto, política— de una gran nación.

Los acontecimientos históricos, científicos y sociales del siglo XIX británico habían producido todos estos acontecimientos. La invención de

mantenían trabajando 48 horas al día; la demografía galopante del país producía una serie de efectos aparentemente sin relación, pero que todos iban a conducir a un mismo fin. Por una parte, la emigración a las

mero de los desposeídos: es decir, su fuerza. Las industrias les concentraban en puntos geográficos; pero su pobreza no les permitía ser absorbidos por la ciudad y se formaban grandes arrabales obreros donde comenzaban a lanzarse los gérmenes de la unidad. Los irlandeses que huían del hambre de su país colonizado llegaban a unirse a estas colonias de trabajadores donde eran odiados y segregados porque se contrataban a bajos precios. Mujeres y niños suministraban también mano de obra barata. Las condiciones de vida eran inhumanas en las fábricas y en las viviendas. Por otra parte, el recurso a la acción legal estaba cerrado. Sin derecho a voto y mucho menos, por lo tanto, a ser elegidos miembros del Parlamento, las pretensiones obreras estaban cerradas por una casta aristocrática dominante. Los orígenes de la lucha obrera en Gran Bretaña se dirigen no a destruir la sociedad, sino a influir en ella, a formar parte de ella. Cerrado el camino, les quedaba el de la ilegalidad: el de la revolución. Las primeras manifestaciones —pedían que se limitase la jornada de trabajo diario a diez horas— fueron reprimidas por la fuerza. En 1819 los húsares cargaron contra quienes escuchaban a un orador obrerista en Saint Peter's Field, junto a Manchester: mataron a once, hirieron a más de quinientos. St. Peter fue llamado «Peterloo» —por imitación de «Waterloo»— y se inventó el verbo



Desde hace algunos meses, la sede de la «Trade Unions» se encuentra en este moderno edificio. El «Congress House» se levanta en el barrio londinense de Boloonsbury.

la máquina de vapor y la serie de inventos en cadena unidos a ella crearon la industria; las materias primas traídas de las colonias recién conquistadas la enriquecían y la

colonias para arrancar las materias primas y encaminarlas a la metrópoli; por otra, el crecimiento del hambre y el abaratamiento del trabajo. Simultáneamente aumentaba el nú-

Por **JUAN
ALDEBARAN**



«peterlizar» para señalar las matanzas de obreros por la fuerza pública. Poco antes habían sido exterminados los «luditas», nombre que procedía de su jefe, el «General» Ludd —se sospecha que el General Ludd no existió jamás, que era un mito; hay quien cree que era simplemente un tonto de pueblo llamado Ned Ludd, utilizado por los revolucionarios—, y cuya obsesión era destruir las máquinas, a las que culpaban de la desgracia del pueblo —en nuestro tiempo hay una corriente similar, aunque sin violencia, contra la electrónica y la automatización, que reducen la mano de obra—.

La multiplicación de la violencia, la amenaza creciente de la clase proletaria, las revoluciones en Europa (el «Manifiesto» comunista es de 1847; en 1848 comienzan en Italia las luchas que producirán a Garibaldi y la efímera «República romana»; el Rey de Prusia dispara contra los obreros en Viena; hay barricadas en

Berlín y se llega a un reparto de poderes entre el Kaiser y el Parlamento; en Francia, Luis Felipe se va al exilio y se proclama la República) producen en las clases dirigentes la necesidad de pactar. Se suceden tímidas reformas del Parlamento, del sistema electoral. En 1924, al fin, se admiten por el Parlamento las asociaciones obreras. Pero la justicia va por detrás del Parlamento: cuando los patronos denuncian a las asociaciones por ser contrarias «a la libertad de trabajos», los tribunales las condenan y las disuelven. Aún en 1901 un juicio determina que los sindicatos pueden ser perseguidos ante la ley para que paguen de sus fondos las pérdidas causadas en el trabajo por las huelgas. En 1926 las huelgas son declaradas ilegales, y la prohibición se mantiene hasta que en 1946 queda abolida por un gobierno laborista. Ahora, en el año del centenario, una Comisión Real acaba de

hacer un dictamen que tiende a limitar de nuevo los poderes sindicales.

Contrariamente al marxismo, al socialismo europeo, los sindicatos ingleses no tenían en su origen finalidad política. Eran independientes del juego de partidos —liberales frente a conservadores— que se turnaban en el poder, y sólo pretendían arrancar a uno y a otro las mejoras necesarias para su existencia. Pero de las «Trade Unions» surgieron luego movimientos políticos, por la conciencia de que sin entrada directa en la maquinaria política que gobernaba la nación no podrían desenvolverse.

Los caminos de la diáspora —el largo exilio del pueblo judío— habían llevado a Londres a Benjamín Disraeli y a Carlos Marx. La familia D'Israeli venía del Mediterráneo, tenía un fulgor negro en la mirada, un cabello ensortijado y una piel cetrina. Le costó decenas de años integrarse en la sociedad blanca y rubia de la Gran Bretaña. Los Disraeli respondían con tozudez al desafío del medio social. Cultivaban el pequeño comercio y descansaban con ensueños literarios. Muchas veces, la superación de un sentimiento de inferioridad hace dar a un individuo un tremendo salto hacia adelante. En la familia Disraeli este prodigio debía suceder con Benjamín. Desde los colegios donde se le ignoraba, donde no se le veía y se le hacía víctima de una discriminación más muda que proclamada iba a saltar a ser Primer Ministro de la Gran Bretaña, el hombre más poderoso del país más poderoso del

Arriba, Mr. Woodcock, secretario general de la «Trade Unions». El grabado inferior recoge la firma de un acta, en 1871, por la que se legalizaba el sindicalismo.



LAS TRADE UNIONS

mundo. Había pasado por la conversión al cristianismo, por un cierto éxito literario (su primera novela, «Vivian Grey»), por las manos de prestamistas y usureros para mantener una apariencia de señorío en un momento en que las apariencias eran decisivas. Con una flor en el ojal —una primavera, de donde la «Liga de la Primavera» que aún subsiste en el seno del partido conservador—, cierta exageración en los diamantes, Disraeli sostenía con una conversación ligera, brillante, lírica, epigramática, los aburridos atardeceres de la Reina Victoria, viuda austera, rígida, puritana. A esas horas su correligionario Carlos Marx, que había pasado la jornada en las bibliotecas, escribía un libro que se llamaría «El Capital», «atosigado por los forúnculos, continuamente perseguido por los acreedores». En tiempos muy lejanos, la pluma de Marx había sido lírica y poética, había sentido las tentaciones del idealismo y de la metafísica mientras estudiaba Derecho en Bonn y en Berlín, había sentido después «la contradicción entre lo que es y lo que debe ser», había quemado sus poesías, buscó «la idea en la realidad misma: antes, los dioses habitaban por encima de la tierra, ahora son el mismo centro». Todas sus metamorfosis —que son «al mismo tiempo, cantos de cisne y aperturas de un gran poema nuevo»— le habían producido «un fulgor irónico» y, como era inevitable, una pasión política. Y el exilio; de Alemania a París, luego a Londres donde iba a vivir y a trabajar hasta su muerte, en 1883.

En el Londres de 1868, el judío mediterráneo y el judío alemán representaban la figura y la contrafigura de un drama social. Disraeli creaba y sostenía el Imperio, la aventura colonial, la riqueza. Una vez había dicho que Inglaterra era un país «de ricos y pobres»; Disraeli había saltado la barrera y defendía desde su residencia oficial —10, Downing Street: donde hoy vive Harold Wilson— los derechos de los ricos. Fue él quien decidió la compra de acciones del Canal de Suez, quien hizo a Victoria Emperatriz de la India. Fue de un costado de los sindicatos de donde nació la Sociedad Fabiana. Era un movimiento de socialismo intelectual y pacífico. Entre sus fundadores están H. G. Wells, autor del «Hombre invisible» y de un gran número de novelas utópicas, y George Bernard Shaw, comediógrafo cuyo «Pigmalión» aún se representa bajo la cobertura de «My Fair Lady». Vegetarianos, espiritistas, humanistas, soñadores, cientistas, los fabianos habían buscado su nombre

en el General romano llamado Fabio Quinto Máximo, apodado «Verrucosus» porque tenía una gran verruga en el labio superior y «Contactor» (Parsimonioso) porque su carácter era lento, pausado. Era esta última característica la que fascinaba a los fabianos hasta el punto de tomar su nombre. Sostenían que la socialización se debía hacer por métodos lentos, por infiltración en la economía y en la sociedad, y jamás por la presión revolucionaria. Fundaron su sociedad en 1884, que aún existe en el 11 de Dartmouth Street, y que aún espera la socialización lenta. De la sociedad fabiana nació el partido laborista (Labour = Trabajo).



Mister Clement Attlee, procedente de las filas del socialismo inglés, llegó a Primer Ministro de Gran Bretaña.



Miembro distinguido del laborismo, Aneurin Bevan desempeñó las carteras de Trabajo y Asuntos Exteriores.



Bernard Shaw fue uno de los fundadores de la Sociedad Fabiana, mezcla de socialismo intelectual y pacífico.

El primer diputado obrero fue elegido en 1892; el primer comité laborista es de 1900; la fundación del partido, en 1906; en 1922 fue el segundo partido del país y en 1924 tuvo su primer gobierno, con Ramsay MacDonald; duró apenas unos meses y no volvió a tener otro hasta 1929. Un camino tan lento como el del General Fabio. Para recorrerlo, el partido laborista tuvo que ir de concesión en concesión, hasta llegar a las de Harold Wilson en nuestros días; cuando Bertrand Russell, superviviente de la fundación del partido, ha roto su carnet —con el número uno— para señalar el fin de una era. El final de una ilusión.

Aunque el «Trade Union Congress» sigue sosteniendo sus fines apolíticos, está indisolublemente ligado al partido laborista. Ha sufrido la misma deterioración que él. Sobre todo, el ejercicio del poder por un gobierno laborista le condena a la inacción. Wilson ha debido tomar medidas económicas severas para la clase trabajadora, a partir de 1966, sobre todo el bloqueo de salarios. Los sindicatos no pueden responder por una huelga que sería una condena de su propio gobierno. Cuando éstas se han producido, espontáneamente, Wilson las ha condenado como «infiltraciones del comunismo», utilizando la misma figura retórica que ahora emplea De Gaulle para condenar la revuelta de los estudiantes.

Manchester, junio de 1968: el «Trade Union Congress» está celebrando sus cien años. Lo forman 350 sindicatos: ocho millones de afiliados. Hay conciertos, fuegos artificiales, discursos. Su secretario, George Woodcock, explica que por sí mismo y a través del gobierno laborista, el sindicalismo británico ha provocado una transformación radical de la sociedad, cambios fundamentales en la estructura industrial británica. Woodcock es un descendiente de los «luditas», de los obreros «peterlizados» a principios del siglo XIX. Orígenes lejanos: el secretario general de la «Trade Unions» es consejero privado de la

Reina, miembro del Consejo de Desarrollo Económico Nacional. En la base, donde su discurso franco y directo es simpático y sus cejas pobladas como un enorme bigote sobre los ojos es popular, Woodcock despierta reservas: se ha aburguesado. Hay vientos de ruptura, de desunión. Desde arriba, desde las clases privilegiadas, se considera a la «Trade Unions» como la culpable de la enfermedad crónica de la economía británica. Los sindicatos no han conseguido salir todavía de su contradicción fundacional: entre Marx y Disraeli.

Y en medio de los conciertos y los fuegos artificiales, en medio de las tensiones sociales de la base, de la tirantez de la juventud, de las revueltas de los estudiantes, aparece la pieza documental que examina y condena la situación actual del sindicalismo. Londres, 14 de junio: una Comisión Real publica un informe de 350 páginas. Se trata de institucionalizar los sindicatos. Serían más fuertes, serían mejor organizados, estarían protegidos; pero evitarían los movimientos de revuelta, ejercerían una disciplina mayor sobre sus grupos. Evitarían lo que se llaman «huelgas salvajes» («wild-cat strikes», literalmente huelgas de gato montés), que son huelgas «no oficiales», es decir, no convocadas por los sindicatos. La comisión, que ha presidido Lord Donovan, regresa al liberalismo laboral, fortalece la tecnocracia, mete a los sindicatos en el «establishment», rechaza no sólo las formas de revolución latentes, sino incluso cualquier forma de participación, como la propuesta por De Gaulle. En la Comisión Real había cuatro universitarios, dos sindicalistas, tres directores de empresa, un banquero y un periodista. Los sindicalistas han permanecido dentro del «grupo moderado»: el universitario y el periodista han llevado el «extremo progresista».

Mucha gente se pregunta si éste no es el final de la «Trade Unions», si no va a convertirse en un organismo gubernamental de arbitraje en los problemas laborales, digerido ya por la sociedad que quiso combatir. Y si, en ese caso, no va a dejar lugar a movimientos de frustración, a nuevas luchas obreras, a nuevos intentos de sindicatos libres. Incluso a nuevos partidos políticos.

Ha sido un centenario triste, más bien nostálgico. Y con un tremendo pavor por el futuro. Al otro lado del Canal, en Francia, ha habido una revolución contra el «sistema». ¿Va a vivir en cualquier momento del futuro la Gran Bretaña una situación similar? ■ J. A. Fotos: EMBAJADA BRITÁNICA.